

Sobre necios y piquitos: la conjura humorística de Gustavo Ferreyra y John Kennedy Toole

DELGADO, Martina / UBA - IAE - martina.delgado@hotmail.com

Tipo de trabajo: ponencia

» Palabras claves: humor – ironía - espejismo - locura

» Resumen

En el presente trabajo se analizará la configuración del humor en *La conjura de los necios* y *Piquito de oro*, a través de la comparación entre Ignatius J. Reilly, el personaje principal de la novela de Toole, y Leonardo, antihéroe de la novela de Ferreyra. Se utilizará para ello, la noción de caricatura que desarrolla Henri Bergson en *La risa*, así como también algunos conceptos que establece Robert Escarpit en *El humor*. Por otra parte, la premisa de Ana Flores “el humor es demiurgo de monstruos”, actuará como trasfondo de nuestro análisis, pues será a través de esta consigna que transcurrirá el devenir de los dos protagonistas.

» Presentación

Podría hablarse de una conciencia inquieta, de un delirio buscado con obstinación, a la vez abstraído y calculado, en la figura de alguien que escribe una vida imaginaria. El escritor se ha desdoblado y su vida, desviada, persiguió otra existencia. Hay cierto desajuste que la escritura vendría a revelar, un desacuerdo que amenaza atrapar, en algunos casos, al objeto narrado. Sucede que determinados personajes parecen haber sido diagramados para levantar vuelo, así sea en la ficción (como Piquito de oro que no sólo dio paso a la novela homónima (2009), sino también a otras cinco más)¹ o en la vida real (como Ignatius Reilly, que ha sido dibujado, imaginado y modelado de diversas maneras, trascendiendo a la novela de Toole). Es que se necesita una imaginación implacable para escribirlos, una idea que sea tan nítida y precisa como contundente en sus formulaciones.

Tal vez por eso no resulte difícil recordarlos mediante unos pocos trazos. El primero, Leonardo, un sociólogo recién recibido, cínico y desencantado, demasiado consciente de su propia insignificancia, ha coronado sus gloriosos años de la niñez con el fracaso de la vida adulta. El segundo, Ignatius Reilly, genio ignorado, dueño de una excepcionalidad que lo desborda, permanece siempre a la búsqueda de una

¹ Hay dos que permanecen inéditas.

nueva ocasión que lo desvele, para que el mundo, por fin, se arrodille ante su deslumbrante inteligencia. Los dos rondan los treinta años, no estudian, no trabajan y viven sostenidos, cada uno, por una mujer. Y si la imagen inicial de Ignatius amenaza, ya desde el comienzo, con provocar una sonrisa burlona en el lector; la primera escena de Piquito de oro no se queda atrás, nos introduce en esa línea incómoda que hace coincidir al drama con la comedia. En la novela de Toole (2017), el protagonista irrumpe con su singular apariencia: sobre su cabeza, una gorra de cazador verde; unos bigotes extravagantes, entre restos de patatas fritas, rodean sus voluminosos labios; y son ya marca registrada, auténtica declaración de principios, los abultados pantalones tweet que permiten la circulación del “aire cálido y rancio” (p. 15) entre sus piernas. Así, anacrónico y estafalario, estudia a la multitud del centro de Nueva Orleans en búsqueda de “signos de mal gusto en el vestir” (Ib.) mientras espera a Irene Reilly, su sacrificada madre, y se defiende con orgullo y pedantería cuando el comisario Mancuso intenta arrestarlo por apariencia sospechosa. Lejos de esta afirmación audaz que rodea las primeras páginas de *La conjura de los necios*, el protagonista de Ferreyra (2009) comienza sus soliloquios con una pregunta: “¿Qué se debe hacer con las urnas?”, inquiera. Pero no se trata, como sugiere la fecha del encabezado (que instala a la reflexión en el 2002, año por lo demás significativo en la política argentina) de urnas electorales sino funerarias. Leonardo deambula entre abstraído y vacilante por la costa de Mar del Plata. Ha ido a buscar el mejor destino para las cenizas de sus padres, pero una imagen suspende con salvaje ironía el dramatismo de la escena: el viento maldito las desparrama por las piedras de la escollera. Piquito, decepcionado por la ceremonia, vislumbra una presencia peligrosa que podría frustrar aún más el desengaño. Tres jóvenes, demasiado ocupados con su adolescencia, se acercan a la orilla y lo despiertan de la soledad. Leonardo imagina, temeroso, en la mirada curiosa de ellos una terrible amenaza de la que nunca podría defenderse. Alejado del territorio de lo inequívoco, que con fiel osadía custodia Ignatius; Piquito duda, se asusta. No hay comisarios al acecho, sólo tres adolescentes, pero tampoco hay respuestas altaneras, todo lo que queda es esa voluntad incisiva de desaparecer, volverse la nada.

Se trata de dos maneras diferentes de diagramar un semblante, construir un carácter, hacer del personaje un estilo vital. Podríamos incluso abstraer de todas las acciones, de todas las opiniones de estos protagonistas; el bosquejo de una simple caricatura (y en el caso de Ignatius se ha hecho con insistencia). Una mueca asentada, un comportamiento reiterativo y algo maltrecho diseñan, en cada novela, la imagen que leemos. Viene de Bergson (2013) la idea – fabulosa – de que un gesto arraigado cautiva en gracia cuanto más ha sido absorbido por una motivación profunda, por cierta distracción esencial de la persona, “como si el alma se hubiera dejado fascinar, hipnotizada por la materialidad de una simple acción” (p. 27). Hay en esta premisa una suerte de invitación implícita, la de leer no ya qué hay de alma en la caricatura sino qué hay de caricatura en el alma; qué es aquello que se ha apoderado de nuestros personajes hasta el punto del desequilibrio. Tal vez sea cierta pasión imaginativa, que los tiene como

objetos, lo que los lleva, como un reflejo irregular, a distorsionarse a sí mismos. Genio, idiota, príncipe o mendigo son los vértices de un mismo espejismo, síntomas de un chantaje óptico. Y como en algunos cuadros de Dalí, mientras un reverso de la imagen se ensancha; el otro disminuye, casi derritiendo, su espesor.

› **La construcción de un semblante**

Así podemos ver, los lectores, a través de la mirada miope o astigmática de Ignatius y Piquito, el contorno de una figura anómala. Extemporáneos y paradigmáticos, se encuentran hermanados, sin embargo, por alguna deficiencia óptica. Y si Ignatius se ve a sí mismo como lo grandioso y lo asertivo; piquito encuentra en su reflejo lo pequeño, lo oculto, lo anónimo, lo vacilante. El cuerpo, uno de los ejes que comunica las dos novelas, materializa y enfoca esta asimetría. Ignatius es, en verdad, modelo de lo imponente y la exterioridad. Todo en él es visible, en efecto: es obeso. No puede ni quiere esconderse. Aún más, hace ostentación de sí mismo, su cuerpo es un complejo entramado de estados variables, que son exhibidos una y otra vez a sus interlocutores. En Piquito, el cuerpo es lo que pretende anularse: incluso en su diario, momento íntimo de escritura, prácticamente no lo menciona y, cuando lo hace, busca minimizarlo o eliminarlo. A diferencia de Ignatius, desconocemos, como lectores, su apariencia. Los cambios que protagoniza son mudos, imperceptibles para el afuera. Intrascendente, su devenir es un devenir casi exclusivo del lenguaje escrito, acto lingüístico e intervención discursiva: de ahí que no admita otro tipo de representación.

Estas dos corporalidades, estas dos formas de dibujar una silueta están compuestas, como en un eco, por la textualidad de las novelas. El cuerpo imita al texto: insaciable, *La conjura de los necios* se construye a través de la acumulación de anécdotas; *Piquito de oro*, en cambio, plantea el movimiento narrativo de la historia de Leonardo a partir de una serie mínima de sucesos. Y, tanto una como la otra, a través de su estructura revelan a los protagonistas. En el caso de la novela de Ferreyra, se trata de un relato intercalado: además del diario de Leonardo, leemos extensos apartados narrados en tercera persona, que cuentan la historia de Susana, un personaje que, en principio, aparenta no guardar ninguna relación con el sociólogo. En *Piquito de oro* ninguna manifestación, ninguna exterioridad que nos permita conocer a Leonardo más allá de su propia voz. A través del diario vemos al personaje, abrumado y apremiado, hablando en solitario. Y si su escritura grita, con desaforada ironía, las desventuras de haber sido un chico prodigio, un “jefacho en departamentito” (Ferreyra, 2009, p. 58); su cuerpo pareciera ser casi un susurro. Lleva consigo la nostalgia por el niño-genio que ha sido pero, cauto como es, sabe perfectamente que al manifestarlo se colocaría inmediatamente en estado de diálogo, exponiéndose a la contradicción. El interlocutor podría “menear su cabeza como un juez que cuenta con las evidencias para una larga

condena” (Ib., p. 148), eso bastaría para confirmar brutalmente lo que Leonardo imagina hasta el punto del martirio.

La conjura de los necios, en cambio, está construida sobre la base de ese diálogo, de esa contradicción. La preponderancia de un narrador en tercera persona que relata tanto las desafortunadas aventuras de Ignatius como la impresión que despierta en los personajes que lo rodean permite confrontar las percepciones algo grandilocuentes del protagonista con su realidad inmediata. Y si bien cuenta con fragmentos escritos por el propio Ignatius, son las escenas en las que se desenvuelve y la manera en la que se relaciona con el resto de los personajes, aquello que verdaderamente lo distingue y permite que lleguemos a entrever su singularidad. Fiel a la premisa que Robert Escarpit (1972) encontrara en Ben Jonson, Toole entiende que “un personaje excéntrico sólo se vuelve cómico si su anomalía caracterial” destaca sobre un fondo contrastivo, si se lo coloca “en falsa escuadra con respecto a su papel” (p. 116) y a los demás.

Tal vez sea el célebre episodio de la “Cruzada por la Dignidad Mora” uno de los que mejor ilustra este movimiento narrativo. Antes de la escena, una conversación entre Jones -empleado precarizado de Noche de Alegría, bar y prostíbulo del barrio francés de Nueva Orleans- y un trabajador de Levy Pants, también precarizado, actúa como prólogo. Comentan el “gran sabotaje”, la “cruzada” que planean realizar los empleados de la fábrica textil para reclamar mejores condiciones de trabajo. Alcanza con que se lo describa a Ignatius, el ideólogo de la manifestación, como un señor “grande y gordo, que lleva una gorra de cazadó que no se quita nunca” (Toole, 2017, p. 143), para que Jones evoque de manera instantánea al personaje y advierta que se trata de un “chiflado” que va a meter a toda la fábrica en “un buen lío”. Y tanto Jones como el trabajador de Levy Pants recuerdan “la historia del autobús”, una anécdota que Ignatius cuenta con insistencia. Se repite en la conversación, entonces, un retrato de su apariencia, extravagante y fácil de reconocer; así como su discurso, aquel que él mismo reitera hasta el cansancio. Se repite después, en la fábrica, una intervención desafortunada, aquella en la que reincidirá, con algunas variables, una y otra vez a lo largo de la novela.

En efecto, Ignatius se cree dios absoluto, un Kurtz, de *El corazón de las tinieblas*, capaz de ser escoltado y adorado, pero algo de irrisorio hay en él y hasta de inoportuno. Como en una comedia de enredos, los trabajadores de Levy Pants no pueden siquiera colocarlo en el estrado -es decir, en la mesa- para que brinde su arenga, debido a su excesivo tamaño. Y se muestran inquietos algunos, y excesivamente reacios a acompañarlo otros, cuando Ignatius esgrime sus sucias sábanas como bandera de la cruzada. “¿Para qué vamos a llevar esa sábana vieja? Yo creí que esto iba a ser una manifestación por los salarios” (Ib., p. 147), le preguntan. La travesía, el ideal, comienza a mostrar indicios de lo ilusorio. Lo que sigue, como siempre en *La conjura de los necios*, es la profundización del contraste entre lo que Ignatius cree y desea, y lo que verdaderamente ocurre.

Por el contrario, en la novela de Ferreyra la discontinuidad entre la grandeza que Piquito anhela encarnar y la mediocridad que lo envuelve, entre el militante convencido que desea ser y el escéptico que esconde, se genera por el desenvolvimiento de su propia voz narrativa. Piquito de oro, a través de la ironía, logra confrontar sus ambiciones desmedidas con la percepción desencantada que tiene de sí mismo y de su realidad circundante. A principios de julio resuelve, no ya con la certeza que Ignatius Reilly poseía al pretender fundar su propio partido político, sino con la inercia de quien toma una determinación de manera arbitraria, militar en el Partido Obrero. La decisión lo toma por sorpresa incluso a él mismo, descrea de la izquierda argentina y ha abjurado del troskismo durante años: “Me hacían sentir incómodo, como si ellos me empujaran (...) No me sentía invitado a la revolución sino empujado, ¡y empujado a ninguna revolución, empujado hacia la nada!” (Ferreyra, 2009, p. 165), escribe en su diario. Y, en realidad, conserva esta inquietud a la hora de tomarse el atrevimiento: sociólogo desempleado, no avizora otra alternativa que la de lanzarse a sí mismo hacia la nada “para formar su carácter” (Ib., p. 178).

A piquito, es obvio, le gusta superponer discursos, decir o hacer al revés, jugar a contrariar los sentidos. Condenada a repetirse inútilmente a perpetuidad, la izquierda argentina no sirve para nada: “Piquetes que se estacionan una y otra vez en el mismo lugar como si piquetear fuera un trabajo verdaderamente rutinario” (Ib., p. 170). Y si ya la ataca el sinsentido, nada más oportuno que seguir sacudiéndola: “no voy a militar porque crea en la revolución sino que voy a militar para creer en la revolución” (Ib., p. 165), escribe Leonardo. Hay una suerte de *mise en abyme* de la ironía, una incorpora a la otra, y así hasta arrancarle humor al desaliento. La gracia se convierte, como diría Escarpit (1972), en un verdadero “arte de existir”, y logra su efecto a través de la complicidad fraterna. No se trata, como en *La conjura de los necios*, del humor mediante “el dominio”, la puesta en marcha de situaciones hilarantes que exponen a Ignatius Reilly hasta llevarlo al ridículo; sino del humor mediante “la alianza”, la confesión de la conciencia de sí en un mundo conjurado para el disfraz.² En el caso de la novela norteamericana, el efecto humorístico consiste en arrastrar a Ignatius fuera de sí, en anular la lógica de inteligibilidad con la que plantea su existencia; en *Piquito de oro*, el humor es aquello que lo devuelve en el eterno retorno hacia lo que no quiere ser. Leonardo, fracasado, siempre está a la espera de su próximo fracaso.

Fabián Casas no ha dudado en afirmar que los personajes de Ferreyra están en todos lados y que “nuestro país es ferreyrano ontológicamente” (Friera, 2010). En efecto, si estamos lejos de la magnificencia con la que se percibe Ignatius, tal vez sea porque entre una novela y otra median las condiciones sociales y políticas de dos países con un nivel de desarrollo significativamente diferente. No hay aires lo suficientemente oxigenados para que surjan sujetos que se consideren seres extraordinarios, piensa

² Para una definición pormenorizada del humor por “complicidad fraterna” véase: Robert Escarpit, *El humor*, Buenos Aires, Eudeba, 1972.

Piquito. La atmosfera es desventurada: “¡El genio surge sólo en ciertos ambientes! ¡Y Argentina va para pocilga! Nuestra decadencia nos lleva a la porqueriza” (Ib., p. 82), leemos en su diario.

› ***A modo de cierre***

Estas dos modalidades están tanto en el origen como en el final de las novelas. Mientras Piquito se resigna, al término de la narración, a no esperar lo mejor sino sólo lo posible; Ignatius avizora algo nuevo, distinto y esperanzador en su fuga hacia Nueva York. Y si en los dos casos la norma, la camisa o la ambulancia, amenaza con atraparlos, es porque la ficción busca, mediante los dispositivos de la narración, potenciar la mirada desviada de los protagonistas. Si el escritor se desdobra al escribirlos, el personaje hace otro tanto con su realidad circundante. Hay un desacuerdo esencial que define el modo de mirar y sus vidas surgen, distorsionadas, de esa mirada. Ignatius y Piquito nos enseñan que, pese a todo, comparten la audacia de observar incoherencias: uno y otro corren el riesgo de entregarse a la locura.

Bibliografía

Bergson, H. (2013). *La risa*. Buenos Aires, Losada.

Conrad, J. (2009). *El corazón de las tinieblas*. Madrid, Siruela.

Escarpit, R. (1972). *El humor*. Buenos Aires, Eudeba.

Ferreya, G. (2009). *Piquito de oro*. Buenos Aires, Seix Barral.

Flores, A. (2010) *Diccionario crítico de términos del humor y breve enciclopedia de la cultura humorística argentina*. Córdoba, Ferreyra Editor.

Friera, S. (2010) "A la clase media no le gusta mezclarse con las masas" (entrevista a Gustavo Ferreyra). En *Página/12*, sitio web del diario: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-17515-2010-04-05.html>.

Toole, J. K. (2017). *La conjura de los necios*. Barcelona, Anagrama.